

ramente á la costa los vientos del Norte que la empujaban de costado, viéndose obligadas las naves á marchar casi una á una y sucesivamente; pero en cuanto calmó algo el viento, procuraron ganar el puerto de Corcira que se encuentra por encima de Cysonta.

Enterado Polixenidas de la aproximación del enemigo, aprovechó apresuradamente la ocasión de combatir, desplegó su ala izquierda hacia la alta mar, mandó á los prefectos de las naves que desplegasen la derecha hacia tierra y avanzó de esta manera en línea. Al verle, el general romano mandó arriar las velas, calar los mástiles y quitar los aparejos, esperando las naves que venían detrás. En cuanto tuvo treinta de frente, trató de oponerlas al ala izquierda, mandólas izar las velas menores y avanzar mar adentro, dejando á las que seguían orden de acercarse á tierra para hacer frente al ala derecha. Eumeno se encontraba á retaguardia, pero cuando oyó el ruido que hacían desarbolando las naves, forzó velas y remos. Las dos flotas se encontraban frente á frente: dos naves cartaginesas, colocadas á la cabeza de la romana, fueron atacadas por tres reales. La lucha era desigual: dos naves abordaron á una cartaginesa, empezando por destrozarles los remos por ambas bandas: en seguida saltaron los sirios espada en mano, y degollaron ó lanzaron al mar la tripulación, apoderándose de la nave. La otra, que había peleado con fuerzas iguales, viendo la primera en poder del enemigo, no esperó que las tres naves sirias acudiesen á atacarla á la vez y retrocedió hacia la flota. Ardiendo Livio en ira, lanzó su nave pretoria contra el enemigo. Las dos que se habían reunido contra la cartaginesa, avanzaron en seguida á su encuentro, esperando conseguir igual resultado. Livio mandó á los romanos bajar los remos en las dos bandas para asegurar la nave, aferrar las enemigas con los garfios de hierro, y que, en

cuanto se trabase el combate á pie firme, que recordasen que eran romanos y no considerasen hombres de valor aquellos esclavos de un rey. Si las dos naves acababan de triunfar sin trabajo de una sola, á su vez y más fácilmente aún quedaron fuera de combate y fueron capturadas por la pretoria. Ya peleaban las dos flotas en toda la línea, habiéndose hecho el combate general. Eumeno, que desde su puesto en la retaguardia no había podido llegar hasta después de comenzar la lucha, viendo que Livio desordenaba el ala izquierda del enemigo, cayó sobre la derecha, que disputaba la victoria.

Poco después, el ala izquierda comenzó la fuga, porque viendo Polixenidas la indudable superioridad que el valor daba á los romanos, mandó arriar las velas menores y huyó en desorden con toda la velocidad posible. En seguida siguieron su ejemplo los del ala derecha que peleaban cerca de la costa con Eumeno. Los romanos y Eumeno se lanzaron en persecución suya forzando los remos, esperando destrozar por aquel medio la retaguardia. Pero viendo que la ligereza de las naves sirias favorecía su fuga, y que las romanas, cargadas de provisiones, hacían esfuerzos inútiles, se detuvieron al fin; trece naves enemigas, con los soldados y remeros que las tripulaban, cayeron prisioneras y diez fueron á pique; no perdiendo la flota romana más que la nave cartaginesa abordada al principio del combate. Polixenidas no se detuvo en su fuga hasta el puerto de Éfeso y los romanos pasaron el día en la rada, de donde salió á su encuentro la flota real; al siguiente día continuaron persiguiendo al enemigo. Próximamente á la mitad del camino encontraron las naves cubiertas de los rodios, en número de veinticinco, á las órdenes de Pausitrato. Con este refuerzo marcharon á buscar al enemigo en Éfeso y se ordenaron en batalla á la entrada del puerto. Después de arrancar al enemigo la confesión de

su debilidad, despidieron á Eumeno y á los rodios y se dirigieron á Chio, pasando delante de Feniconto, puerto del territorio de los erithres, permanecieron por la noche al ancla, desembarcaron al día siguiente en la isla y entraron en la ciudad. Livio concedió allí algunos días á las tripulaciones para descansar, y en seguida se dirigió á Focea. Dejó cuatro quinqueres para proteger la ciudad, marchó á Canas con la flota, y como se acercaba el invierno, hizo sacar á tierra las naves y trazó el recinto de un campamento naval. A fines del año se celebraron los comicios en Roma, eligiendo cónsules á P. Cornelio Escipión y C. Lelio, pensándose solamente en la terminación de la guerra con Antioco. Al día siguiente fueron elegidos pretores M. Tuccio, L. Aurunculeyo, Cn. Fulvio, L. Emilio, P. Junio y C. Atilio Labeon.

## FIN DEL LIBRO XXXVI.

## LIBRO XXXVII.

## SUMARIO.

Discusiones entre los cónsules L. Cornelio Escipión y C. Lelio. — L. Cornelio Escipión es el primer general romano que pasa al Asia. — Derrota de la flota de Antioco cerca de Myonesa. — Cae prisionero el hijo de Escipión el Africano, y Antioco lo devuelve á su padre. — Triunfo de Mancio Acilio Glabrión. — L. Escipión vence á Antioco: paz con Antioco. — Aumento de los estados de Eumeno. — Los rodios reciben algunas ciudades. — Colonia llevada á Boloña. — Triunfo naval de Emilio Regilo. — L. Cornelio Escipión recibe el nombre de Asiático.

El primer cuidado que ocupó al Senado, en cuanto entraron en funciones los cónsules L. Cornelio Escipión y C. Lelio, una vez celebradas las ceremonias religiosas, fué la guerra de los etolios. Sus legados instaban por la resolución, porque solamente disponían de una tregua muy corta; y les apoyaba T. Quincio, que había regresado por este tiempo de Grecia á Roma. Los etolios, que contaban más con la generosidad del Senado que con la bondad de su causa, emplearon acento suplicante y pidieron que sus antiguos servicios hiciesen olvidar sus faltas presentes. Pero mientras duró la audiencia, los senadores les abrumaron con preguntas, queriendo arrancarles la confesión de su falta, más bien que una apología, y cuando se retiraron, promovieron-